

Teresa Dovalpage

EL CACHORRO DEL PARAVERSO

Si algo de malo tiene el enredarse con hombres divorciados es que la mayoría de las veces traen cola. Y peluda y larga, por cierto. Véase si no lo que me pasa a mí con mi pareja. Es decir, con él no. Entendámonos. De Ricardo, en general, no tengo quejas. Trabaja en el Banco de Sabadell (traducción: un sueldo decentico y con posibilidades de ascenso), se viste bien y hasta ha hablado de matrimonio. Todo ello, para una inmigrante sin papeles y que no tiene arientes ni parientes en Madrid, como una servidora, es sacarse la lotería sin haber comprado billete.

Pero (siempre los hay) Ricardo tiene un hijo de siete años, Gabrielito, que está más loco que una cafetera cubana. Psiquiátrico de a viaje. Honradamente reconozco que a mí nunca me han gustado los muchachos, así que la vida me dio por donde más me dolía. Pero como dice mi madre, que quedó allá en La Habana: "Hija, alégrate de que nada más sea uno, y macho. Las hembras son peores, celosas y buscapleitos hasta más no poder."

A la vieja no le falta razón. Cuando mis padres se divorciaron, y eso que fue de mutuo acuerdo, yo eché veneno para ratas en el café de la segunda mujer de Papaíto. Y le di la taza con tal sonrisa de cumpleaños que la infeliz no sospechó nada hasta que empezó a vomitar como

una embarazada de tres meses. A emergencias tuvieron que llevarla y si no le ponen un lavado de estómago corriendo, no hace el cuento. Con esos antecedentes, ¿quién soy yo para hablar mal de los entenados?

Pero a lo que iba, a que al chiquillo le falta una tuerca. Le ha dado por decir que hay otros universos (paraversos, los llama) y que él se pone en comunicación con ellos, que los visita y tal. Ayer nos dio una lata de tres horas sobre lo que ve allí. Un perro del tamaño de un león cebado, gatos con colas dobles, curieles de seis patas... En fin, un zoológico de locura que no hay Dios que lo entienda.

En general a mí no me gusta meterme donde no me llaman. Pero ya me cansé de decirle al chiquillo que no hablara más catibía. Así que me le puse dura. "O llevas a Gabrielito con un loquero o se le va a quemar el coco de a viaje", le advertí en mi mejor léxico cubano a Ricardo. "Después no te andes quejando si se te desgracia la criatura y hay que meterlo al manicomio para los restos."

Y funcionó el método del terror, como siempre sucede. Ipso facto llamó a un psicólogo, hizo una cita y hoy vamos para allá. Porque bueno es lo bueno, pero no lo demasiado: si hace falta criar a un entenado, una cría a un entenado. Pero andar lidiando con guillaos, eso no. Que todo tiene un límite en esta vida.

Ya llevamos dos horas largas de talle en la oficina del doctor Farragut y la parranda psicológica amenaza con extenderse hasta la santa hora de comer. Y yo con un hambre que no veo porque almorcé a las doce del día y ahorita van a dar las siete. Mientras tanto, la conversación cada vez se pone más surrealista. Más flamenca, como dicen por estos lares.

—¿De modo que en el paraverso que visitas los animales tienen poderes especiales?

Gabrielito se quita el lápiz de entre los dientes —desde que llegamos está masticando uno, a lo mejor tiene tanta hambre como yo— y le contesta:

—Sí, allá los animales no aceptan ser mascotas como aquí. Vamos, si un gato decide quedarse en su casa, lo hace. Pero si usted lo trata mal o el gato se harta de estar a su lado, simplemente se vuelve a su región, atravesando una pared que no es visible para la gente.

—Ah, ¿entonces los animales viven en un mundo aparte?

—Sí.

—¿Quién les da de comer?

—No necesitan comida. Se alimentan de una sustancia que está en el aire y que tiene más proteína que un bistec.

—¿De prana, como le llaman los hindúes?

El chico se encoge de hombros. Y mis tripas siguen dando un concierto en clave de fu. ¿No podrían dejar los bistés fuera de la conversación?

—¿Y la gente que vive en ese paraverso es igual a nosotros? —sigue preguntando idioteces el psicólogo. Éste hace como los taxistas: deja correr el coche, que rueda bien la bola para que el cliente pague más.

—Como lucir, lucen igual. Algunos viven en ciudades grandes y otros solos, en miniversos. En general los animales prefieren vivir con los solitarios. Toby, por ejemplo, tiene a un er... ermitaño, creo que se dice. Es su amigo número dos.

—¿Y el uno?

—Soy yo, claro.

—¿Cómo es Toby?

—Es dos veces más grande que un pastor alemán. Tiene los ojos grandes y verdes y una boca llena de dientes del tamaño de mi dedo anular. La cola se le arrastra un metro o quizá más. Pero no se crea usted, es muy manso. Mientras no lo molesten, es una oveja.

Una oveja. Un rebaño sin atadero es lo que tienes tú en la cabecita. Esto lo pienso pero, como es natural, no lo digo. Cuando ya parece que estamos terminando, el psicólogo le pregunta a Ricardo si estaría de acuerdo en comprarle una mascota a su hijo.

—Claro, doctor, si usted cree que eso ayude.

—Sí, me parece que el muchacho tiene carencias afectivas...

—Pero es que ya yo tengo un perro —interrumpe Gabrielito—. No creo que a Toby le haga ninguna gracia encontrarme con otra mascota.

Me uno a Toby en este partido. Aunque Ricardo y yo no vivimos oficialmente juntos suelo pasar algunas noches en su apartamento, cuando a Gabrielito le toca quedarse con su madre. Esto significa que tendré que empujarme yo el cuidado de un animal que se pasará el día soltando pelo, baba y otras cosas peores. Fo.

—¿Y con quién crees que se sentirá más a gusto Toby? ¿Con un gato, un perro, un conejo...?

Caballeros, ¿así es la cosa en los países desarrollados? Allá en Cuba le habrían dado cuatro nalgadas al chiquillo después de advertirle que se callara. Ya me parece estar oyendo a mi vieja si se me hubiera ocurrido a mí salir con semejantes cuentos: "Ahora te acuestas sin comer. Ah, y como me vuelvas a decir disparates ite saco los dientes de un gaznatón!"

Y miren qué derechita salí.

Pero aquí no. En lugar de tratar de curarlo, le siguen la corriente. Y si le da por pedir que le compren una serpiente, le traen a una anaconda.

—Bueno, si usted se empeña, creo que otro perro estaría bien. Un maltés.

Ya veo a Ricardo paseando a uno de esos canes pantuflas por la calle. En fin, paciencia, que más pasa un cornudo.

Termina la consulta, de la que sale mi novio con doscientos euros menos y la resolución de comprar un cachorro al día siguiente. Y yo apurándolo porque se ha hecho de noche y de aquí a donde dejamos el auto hay que caminar como cuatro cuadras. Pero eso sí, vamos directo a un restaurante. Porque si Ricardo se piensa que yo voy a meterme en la cocina a esta hora está más perdido que Pedro en su páramo.

Estas calles son una boca de lobo. ¿No podían haber terminado la consulta cuando todavía quedaba un rayito de luz? Ah, no... ¡qué bueno es hablar cáscara! Ya me gustaría a mí ganarme la vida oyendo a la gente soltar estupideces de todos los colores. Así cualquiera rueda un carro del año, si consigue suficientes pacientes mentecatos.

—¿Adónde quieres ir a cenar? —me pregunta Ricardo.

—A Le Petit Bistrot.

Echamos a andar en santa paz. Paz que no dura mucho, por supuesto. A media cuadra vuelve Gabrielito a sacar a su Tony a relucir y Ricardo, harto al fin, lo manda a callar. Ya era hora.

—Tu no entiendes nada, papá.

—¡Muchacho, cierra el pico y no fastidies más!

Menos mal que se acordó de que era el padre y se amarró los pantalones. Si no, el chiquillo sigue con la cantaleta del paraverso hasta mañana. Mejor pienso en otra cosa, que me va a hervir la sangre de la incomodidad. Voy a pedir una sopa de cebolla, croquetas de Brie con miel y pato confitado y...

¿De dónde salieron esos tres tipos? Qué raros lucen, tan rapados que se les refleja de lleno la luz de la luna en la cocorotina... Parece que vienen hacia acá. Éramos pocos y parió mi abuela.

Y mi Ricardo, el pobre... ya dije que trabajaba en un banco. Debí agregar que no es precisamente un fisioculturista. Tal vez en una pelea de uno contra uno podría sostenerse con cierta dignidad, pero con estos tres mastodontes, ni de juego levanta el gallo.

Bueno déjame no ser malpensada, a lo mejor los mastodontes están tomando el fresco. Eso, son tres muchachos buenos, decentes, que salieron a dar un paseíto y a refrescar porque mira que la noche está calurosa y...

Pasan por debajo del único poste de luz que hay en cincuenta metros a la redonda. ¿Acaso aquí la gente sale de noche con cuchillos en la mano y arrastrando cadenas? No, qué va. Ésos están puestos pal daño y de ésta no nos salva ni Mazantini el torero. Ay, virgen de la Caridad del Cobre, Eleguá, Santa Bárbara bendita, por favor socórrannos. Siete Potencias, Yemayá...

Y ya los tenemos encima. Ricardo tiembla como una hoja. Gabrielito se ha puesto a hablar solo. Bueno, lo mismo estoy haciendo yo.

¿Y si lanzo mi cartera bien lejos para que los tipos nos dejen quietos y corran a buscarla? Como se le tira un hueso a un perro hambriento, sí...

A un perro hambriento. A un perro. ¿Y ese gruñido? Los rapados se han quedado tiesos, más tiesos que el poste de la luz. Y se dan media vuelta y antes de que podamos reaccionar ya han echado a correr, calle abajo, a la velocidad de un cohete supersónico.

Miro a mi alrededor. Miro a Ricardo. Miro a Gabrielito. Y allí lo veo. Mide descansadamente el doble de un pastor alemán. Tiene los ojos grandes y verdes y una boca llena de dientes del tamaño de mi dedo anular. La cola se le arrastra un metro o quizá más, pero así y todo toma aspecto de oveja cuando el chiquillo se agacha junto a él y le da un beso en el hocico.

